

LA EDUCACIÓN

PRELIMINARES

SUMARIO: § 1. Coexistencia de la metafísica y el *método positivo*.—§ 2. *Metafísica*: noción de la «Verdad».—§ 3. *Ética*: noción del «Bien».—§ 4. *Estética*: de cómo lo bueno y lo bello son un mismo y único fenómeno psico-fisiológico.—§ 5. *Sociología*: aplicación del postulado-base de la sociología á la educación.—§ 6. *Psicología*: concepto psico sociológico de la idea fuerza.—§ 7. Ideas liminares: lo aparente y lo real.—§ 8. Ideas liminares: influencia del espíritu de los tiempos sobre la naturaleza de las cosas.—§ 9. Clasificación sintética de las Sociedades europeas.—§ 10. Método psico-sociológico de esta obra.—§ 11. Plan de esta obra.

§ 1. *Coexistencia de la metafísica y el «método positivo»*.—Quiero dejar aquí consignadas, antes de entrar en materia, las siete palabras de mi Credo. Para que pueda el lector visitarme con más libertad, le entregaré las llaves de mi casa. Porque mi casa, que se alza sobre una eminencia abrupta y solitaria, está siempre cerrada.

Por un prejuicio erróneo, originado en reacción contra lo empírico de los escolásticos y los románticos, el vulgo rechaza hoy *en bloc* toda concepción metafísica

del universo. Creo, empero, que, so pena de inestabilidad ó estrechez de ideas, y aunque se trata á veces de ocultarla como una infracción *demodée* á la lógica, todo neo-pensador debe poseerla. Basta que piense *por sí mismo*, para que la posea. Intuitivamente, la posee.

Cuando en la esfera de lo consciente la inteligencia *razona*, procede inductivamente de la sensación á la percepción, y de la percepción al concepto; es decir, del más al menos, del detalle al conjunto. *Esto* es el «método positivo».

Cuando la inteligencia *concibe*, procede inductiva y deductivamente, por operaciones *simultáneas* de abstracción y concreción, de análisis y ontología, de conciencia y subconciencia. *Esto* es, según se presente, el método escolástico, romántico ó apriorístico, llamado también, por antonomasia, «metafísico».

Pero el autor debe, en la modalidad actual del pensamiento humano, *hacer razonar* al lector, porque el lector jamás concebirá originariamente las ideas del autor. Pasaron ya los tiempos en que éste podía invocar, para autorizar su palabra, su propia divinidad, ó la revelación, ó la *interna visio*. Por esto, cualquiera que sea su forma de concebir, conviene que en su exposición, se cifa á una forma inductiva, «positiva», que es más lógica para quien, en el campo de las especulaciones *conscientes*, como el lector, *razona*.

La concepción de una metafísica es, en últimos términos, una *sensación de conjunto*. El autor, para no chocar con el espíritu del siglo y la inteligencia del lector, debe hacerlo razonar del más al menos, por el «método positivo», hasta culminar en esa sensación de conjunto, *ultima ratio* de su verbo.

Luego todo pensador original es, por el modus-

operandi de su psiquis consciente y sub-consciente, *eclético*, y, en verdad, el adoptar tal ó cual sistema de exposición más es una cuestión de dialéctica que de pensamiento, de forma que de fondo. Pero por las razones apuntadas (que son, en realidad, dos: reacción anti-dogmática y comodidad del lector), más que por moda ó por *pose* de seguridad, es eficaz, hoy por hoy, el «método positivo». El hecho de adoptarlo no implica que yo niegue, como niegan muchos «positivistas» empedernidos, la existencia de esas sensaciones, cuyo conjunto es la última expresión de la ciencia, y que constituyen, en todos los tiempos, la metafísica. Creo, pues, en la existencia de una *metafísica positiva*. Si los positivistas no *la ven*, es por una ilusión de óptica.

Así, aunque me someta al «método positivo» para presentar, ya que no para concebir mis ideas, no comparto el *horror* á la metafísica de ciertos pseudo-filósofos contemporáneos. Hasta simpatizo, separándome del espíritu de mi siglo, no digo con el dogma sánscrito, sino hasta con la divinización que hacían de sí mismos los antiguos taumaturgos, y aun con la revelación de los teólogos. Sólo la inspiración romántica me es antipática, y creo que porque me viene pisando los talones. Está demasiado inmediata para que, imbuido por la reacción de progreso, no me contagie en su odio... (Es este un fenómeno semejante al desprecio que produce en las damas elegantes del siglo XX la moda de los tontillos y polisonas de la primera mitad del siglo XIX; están demasiado cerca para que los admiren como á los cuellos de María de Médicis y á las ridículas exageraciones de la Pompadour y de María Antonieta...)

Pregúntome á mí mismo: si yo hubiera escrito esta obra, como pudiera bien haberla escrito, en este ó

aquel estilo, en otros tiempos, ¿la hubiera basado también en el «método positivo»? Ingenuamente lo confieso, aunque con ello pueda herir los castos oídos de ciertas escuelas modernas, que, antes de Cristo, la habría basado en mi propia divinización; después, como Santo Tomás, en la revelación divina; hacia el Renacimiento, en la *interna visio* de Vives y Sánchez; en el Romanticismo del nuevo-humanismo, á lo Rousseau, en la inspiración personal; después de Darwin, debemos fundarla en el positivismo... Pero estamos pasando los tiempos de Darwin, ¿en qué cimentarla entonces?... Los adelantos de la biología ya deben considerarse incorporados á las ciencias morales y políticas; pero, ¿basta esa sola circunstancia para afirmar que en ellas se sigue hoy un *nuevo* método de investigación, el positivo, completamente diverso de los anteriormente aplicados por todos los pensadores?...

En el fondo todo es lo mismo. *Vanitas vanitatum, omnia vanitas*. Siempre es la inteligencia creadora la que habla; es la aspiración humana hacia el más-allá del progreso la que obra. Pero ésta, no emerge espontáneamente en cada colectividad; se encarna en el verbo de los elegidos. Y cuando éstos comienzan su discurso, nadie los escucha. Entonces tienen que arraigar su enseñanza innovadora en algo que se imponga á la muchedumbre. Cuando la muchedumbre era muy bárbara, el elegido se erigía en Dios. Más tarde, le bastaba con invocar á Dios. Luego, necesitó tomar la *allure* romántica del regenerador humano, nada más que humano. Hoy, debe basarse en la convicción, y convencer por la lógica... Para convencer hay que desarrollarlo todo con hechos: he ahí el positivismo... En sí, no es sino una forma nueva del mismo fenómeno de la divinidad, la revelación, la

inspiración... Es un *rinforzando* del acorde personal del héroe. Así, en mi fuero interno, *je m'en fiche* del positivismo. Y disculpen los ortodoxos del presente... ¡No! ¡disculpen los fariseos del futuro!

§ 2. *Metafísica: noción de la «Verdad»*.—La clave de todo libro neo-filosófico, *cualquiera* que sea su método, está en el concepto metafísico del Cosmos que se ha forjado el autor.

En el estado actual de las especulaciones intelectuales, una doctrina metafísica puede siempre sintetizarse, con referencia á fenómenos averiguados y términos convencionales, á dos ó tres apotegmas.

En efecto, yo reduciría la metafísica de esta obra, cuya esencia tiende hacia un panteísmo positivista, á un teorema y dos corolarios.

Teorema.—*En el orden moral no existe la verdad absoluta, ó, por lo menos, en razón de la insuficiencia de nuestra psiquis, nunca nos será dado conocerla.*

En el orden físico, la verdad se presenta á nuestros sentidos como irreductible y perfecta. El mármol es una sustancia sólida y pesada en las percepciones de todos los hombres, de todos los pueblos y de todos los tiempos. Basada la inteligencia humana en esa experimentación de los sentidos sobre lo físico, y en alas de su aspiración de progreso, la ha aplicado á lo moral, *inventando*, como el vidrio y la pólvora, la noción de la verdad *absoluta*. Inventada la noción de la existencia de una verdad absoluta, inmediatamente la ha aplicado á los dogmas religiosos. ¿Qué más alto, qué más *verdadero*, qué más absoluto que las religiones? El hombre es un animal que aspira. Aspirar es tender hacia lo infinito. Lo infinito es, en su mente, Dios. Dios es la religión. Ergo: el hombre es un animal religioso.

Podrá existir una verdad *absoluta*, si en ello se empeñan los taumaturgos; pero nuestra *relatividad*, nuestra *relativa* capacidad humana, no la conseguirá jamás abarcar. Cuando cree abarcarla, ello es simplemente un fenómeno de espejismo de nuestra vanidad. Lo infinito no cabe dentro de lo finito de nuestras «representaciones» (*Vorstellungen*). El concepto de infinito mismo es un derivado de la noción de verdad *absoluta*.

Debemos, pues, contentarnos con poseer, en el orden moral, una verdad *relativa*.

Primer corolario.—En el orden moral, toda verdad es relativa al sujeto, al medio y al momento.

Cada hombre, cada pueblo y cada época, se construyen, para satisfacer sus necesidades, una ética, que es verdad, en cuanto no discrepa con la época, el pueblo y el hombre.

De ahí que deba considerarse verdad *cualquier creencia sincera*. (Sincera: inspirada por las necesidades de la época, del pueblo y del hombre que *la siente*. Porque la creencia no se piensa si no se siente.) Aunque todos los hombres de pensamiento original (léase sincero) hayan querido y creído monopolizar la verdad, nadie ha monopolizado la verdad. Pues la verdad moral, por su naturaleza relativa, y como lo demuestra la historia, y á diferencia de lo que se descubre en el orden físico, no es monopolizable.

Las verdades del orden físico se descubren; las del orden moral se inventan. Aquellas son siempre pre-existentes á su formulación, y serán perdurables; éstas, ni han existido antes de ser formuladas ni se producirán después de la caducidad de sus fórmulas. Aquéllas son estables; éstas transitorias. En una palabra, aquéllas son absolutas; éstas, relativas al sujeto, el medio y el momento.

Segundo corolario.—En lo moral, variando las condiciones de sujeto y medio, coexisten verdades contradictorias.

El teocrático orgullo de los humanistas dogmáticos es, como lo demuestra la experiencia de muchos siglos, el más capital de los efectos de espejismo de la vanidad humana. *Omnias vanitas!* Lo que hoy parece falso, en materia de ética, mañana puede ser verdad: lo que aquí es verdad, puede ser más allá falso... No es cuestión de los «cristales con que se mira»; es cuestión de las cosas que se miran. Cada uno ve las cosas con sus propios ojos, y sólo identificándose á otros, por un poder de abstracción psico-lógica, puede ver las cosas ajenas con ojos ajenos. Esto es la crítica. Veamos las cosas propias con los ojos propios y las cosas ajenas con los ojos ajenos, si queremos acercarnos, cuanto sea posible, á la verdad moral, que si como concepción absoluta (excluyente) es imaginaria, como concepción relativa es tanto ó más real que la realidad del orden físico. Los sentidos, que son imperfectos, se suelen engañar con las apariencias del orden físico; la inteligencia, depurada y elevada á un máximo crítico é ideal de abstracción, inducción, deducción y generalización, no puede engañarse con esas vanas apariencias. La inteligencia es lo más absoluto, ó lo menos inabsoluto, si se quiere, que hay en la relatividad humana. *Cogito, ergo sum*. Soy porque pienso, y no porque veo, ó porque palpo, ó porque oigo... No era tan equivocada la teosofía de la renunciación de los hindus cuando querían llegar á lo absoluto por la abstracción de la inteligencia; cuando querían involucrarse á la suma inteligencia de la divinidad,—por el conocimiento. ¿No es esto mismo, despojando la ficción de su bello simbolismo sánscrito, lo que preten-

den los grandes metafísicos alemanes de las edades modernas?

Ningún aforismo más profundo que aquel de Bacon que hoy más indigna á los filosofastros. «Poca ciencia lleva á la incredulidad; mucha ciencia á la fe.» Tal es la naturaleza humana. El conocimiento superficial de sí misma la vuelve desconfiada; un amplio conocimiento de sí misma la torna crédula.

No es por ignorancia, sino porque poseo una imaginación disciplinada en muy varios estudios, por lo que creo en la posibilidad de muchos milagros del Cristianismo. Si mañana un testigo ocular me dijese: «He visto un faquir que ha pasado cien días en éxtasis, de pie, casi sin tomar reposo ni alimento, la dilatada pupila fija en lo alto, los descarnados brazos extendidos hacia el Oriente. De pronto, todos sus nervios se poseionan de *un algo* inusitado, enigmático, terrible. Su cara de asceta es una máscara sobrehumana. Su mirada parece la de una serpiente que fascina el firmamento. ¡El firmamento es su presa! Sus manos, que se dirían firmes y trémulas, desenvuelven lenta, lentísimamente, una larga cuerda de cáñamo enroscada en su cintura. Con ademanes que tienen algo de la blandura felina, casi imperceptibles, como si no interrumpieran la inmovilidad estática, lanza de súbito la cuerda hacia el espacio... La cuerda queda rígida en el aire, contra todas las leyes naturales, como si fuera un barrote de hierro sujeto por sus extremidades. Y el faquir, abstraído de cuanto lo rodea, fijos los ojos de vidrio de su máscara de carne en el espacio, se sube por ella fácilmente á pulso, á pesar de su ancianidad y su debilidad de interminables ayunos. Una vez llegado á una altura maravillosa, se desprende de la cuerda, que cae al suelo, de nuevo flexi-

ble y pesada, y su figura se pierde radiosa, vagando como un astro por el espacio... ¡Yo lo he visto! ¡Lo he visto!» A este testimonio, yo le respondería simplemente: «Es verdad.» Mi sirviente, en cambio, que es el hombre más analfabeto que he conocido, creería, si el testigo ocular se lo contase, que el testigo quería burlarse de su ignorancia. El sacristán de la iglesia de mi parroquia, que es un pobre de espíritu, creería la narración un invento del demonio. Negaría también el cura, que es muy versado en teología. Es que el sirviente, el sacristán y el cura son, cada cual á su modo, *escépticos*. El sirviente no cree más que en lo que ve, oye, palpa y gusta; yo pienso que no cree más que en lo que come. El sacristán, más que en lo que le ha enseñado el cura; el cura, más que en lo que ha aprendido en los santos Padres. Pero lo que come mi sirviente, lo que el cura ha enseñado al sacristán de la iglesia de mi parroquia, y aun lo mucho que el cura mismo ha aprendido en sus teólogos, no es *toda* la verdad. Apenas si representa una millonésima parte de la verdad. Quedan novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve millonésimas partes en que no cree ninguno de los tres. Pues yo soy mucho menos escéptico que ellos, porque creo en la millonésima parte de la verdad en que ellos creen, y creo en las novecientas noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve millonésimas partes que sobran y que ellos, imprudente y soberbiamente, niegan.

Se me dirá que creer en todo es no creer en nada. Que yo no creo de la misma manera que mi sirviente, mi sacristán y mi cura. Que soy más «escéptico» que ellos... Según. Yo creo en todo lo que es verdad. Y si halláis en esto, señores lectores, una petición de prin-

cípios, os diré que: creo que todo lo que *debe ser* verdad, es verdad. Que todo lo que es sincero, lo que responde á nuestras necesidades psico-físicas, es verdad. Pero yo no creo en lo que es farsa, fingimiento, impostura, hipocresía... En una palabra: no creo en lo que es mentira. Si el próximo domingo, cuando yo vuelva de misa, mi cura, mi sacristán y mi sirviente me dijera: «No hay más que un Dios, Alá, y Mahoma es su Profeta», yo les respondería: «Mentís, bellacos.» Mas si un eremita que ha vivido treinta años en una caverna de la Arabia Pétreá, usando por almohada, en sus noches de insomnio, un *Al Koran* de tapas de madera, me increpase así: «No hay más que un Dios, Alá, y Mahoma es su Profeta», yo le contestaría: «Así sea. Con la verdad que mana á raudales de vuestros labios, oh santo varón, purificad mi corazón de infiel.»

Soy, pues, infinitamente crédulo; y ser infinitamente crédulo es todo, todo lo contrario de ser infinitamente escéptico. Si la aspiración del hombre hacia el ideal es infinita, y en alas de esa aspiración él *inventa* cada día nuevas verdades, que tienden hacia un infinito perfeccionamiento... ¿cómo no ser infinitamente crédulo? Mi caso, mi contextura intelectual, es, por ello, bien diversa de la de mi sirviente, que sólo cree en lo que come; y la de mi sacristán, que sólo cree en lo que siente; y aun la de mi cura, que sólo cree en lo que siente y piensa su teologal señoría. Yo no creo sólo en lo que como, siento y pienso, sino también en lo que los demás piensan, sienten y comen. Mi criterio es más grande; pero mi orgullo es más pequeño. Recuerdo con más frecuencia que ellos que, aunque yo no conozca el mundo más que por mis sensaciones, mis representaciones y mi voluntad, no soy el centro del mundo. ¡Lástima grande que no sepamos cuál es la

noción de la verdad que poseen los habitantes de Marte ó de Saturno, ó siquiera la que albergan los oscuros cráneos de los sapos y demás sabandijas que anidan en el hondo fango de la tierra! Con todo, imaginome muy bien que, para el ratón hambriento que roe un queso, la verdad debe circunscribirse á la esfera del queso. La despensa, los dispensereros, la quesería donde se fabricara el queso, las vacas que dieron la leche para que se compusiera el queso, el ameno valle, el ambiente, el sol que bañó la piel manchada del rebaño—todo debe ser, para el ratón, mentira. Si alguien se lo contara, contestaría que son ridículas fantasías de teólogos, teósofos y metafísicos. Y los hombres, como el ratón, no creen, en general, más que en las sustancias que alimentan su cuerpo y su espíritu...

§ 3. *Ética: la noción del «Bien»*.—El hombre necesita para *poder* vivir, según las investigaciones más recientes de la psico-fisiología, y pese á las jereñadas románticas de los pesimistas, una compensación entre el dolor y el placer, *favorable al placer*. El desequilibrio desfavorable al placer que no sea pasajero y de fácil reacción, sólo es posible en estados patológicos (en lo físico ó en lo moral), de los cuales resulta inminente, tarde ó temprano, la muerte. Todas las facultades humanas tienden consciente ó subconscientemente, hacia el fin ideal de la felicidad perfecta. No para conseguirlo, lo cual no es posible en este mundo, sino para equilibrar lo más favorablemente que se pueda un máximum de placer con un mínimum de dolor. Quien quiere lo más, puede lo menos.

Los incentivos de las acciones humanas son: el hambre, para la conservación del individuo; el amor, para la conservación de la especie, y la aspiración hacia el

perfeccionamiento, para el progreso. Cuya aspiración, por la superior potencia de las facultades humana, es, á diferencia de los animales, nada más que un complemento *divino* para luchar por la vida del individuo y de la especie. Por ello se dice en el Génesis que Dios hizo el hombre á su imagen... ¿Qué es Dios, en la imaginación de los hombres, sino la aspiración de lo absoluto (*causa sui*)? Sin remontarse á la aristocrática concepción del conocimiento de la teosofía sánscrita, Jesús lo dijo en el *divino* sermón de la montaña, de una manera admirablemente *democrática*, ó sea, comprensible para las más humildes inteligencias de sus oyentes, pescadores y mendigos (*San Mateo*, V, 47). «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.»

En todos los idiomas ha habido siempre un término *preciso* que se llama «bien» (ó lo «bueno»); y en todos los tiempos y lugares, dando á ese término unas veces esta y otras aquella acepción, el sumo del hombre, pese á minorías de «hombres de mala voluntad», ha sido el «bien». Pero ¿dónde está el «bien»? Yo creo que por diversos que hayan sido los conceptos del «bien» á través del tiempo y del espacio, el psicólogo encuentra fácilmente una línea de estrecho parentesco entre todos esos conceptos... Entonces, ¿qué es el «bien»? El «bien», se ha dicho con profundo acierto, es lo que es moral y físicamente *útil* al hombre. Pero ¿qué es lo que es *útil* al hombre? «Lo que le pueda procurar, enseñalo Sócrates, una vida agradable y sin dolor (1).» El «bien» es, por lo tanto, según deduzco de la historia, la salud, la virtud, la salvación (beatitud), la ri-

(1) Platón: *Protag.*, II, XXI, 136; II, XXXVIII, 180-190.—Xenophonte: *Mem.*, IV, 2, 5.

queza. Luego, podría sintetizar mi pensamiento en esta doble fórmula: *el «bien» es unilateral, pero se presenta á los hombres, según las edades y los pueblos (y hasta los individuos), en distintos objetivos abstractos y absolutos.* Esos objetivos son los ideales de bondad, verdad, belleza, todos emparentados entre sí por un vínculo común y original: la aspiración á lo absoluto, la tendencia fatal hacia el perfeccionamiento, ó sea el progreso. Esos objetivos son, en los individuos, las sociedades y las épocas, ideas-fuerzas.

En que hay algo de *alucinación* en lo absoluto de esos objetivos, convengo. Mas esa *alucinación* que conceptúa panaceas universales este ó aquel *factor*, no es un capricho del pensamiento. Es una ilusión, ó mejor dicho, una exageración de la intrínseca facultad de aspirar que caracteriza al hombre sobre las bestias, aplicada, en las circunstancias de un momento dado de la historia, á un determinado estado social. Por esto es indispensable acudir críticamente á las fuentes primitivas del bien y del mal, á la ética griega y á la ética cristiana, para no alucinarse nunca demasiado; ó mejor dicho, para disecar las *causas reales* de esas semi-alucinaciones de los grandes teorizadores. Cuyo error consiste en *generalizar*—en alas de ese entusiasmo vanidoso que provoca en un investigar un descubrimiento trascendente—doctrinas sólo parcialmente verdaderas respecto de ciertos hombres y de ciertas épocas. Tal ocurre con el concepto de la historia de Bossuet, cuando aplica un criterio cristiano á sociedades paganas, y de Marx, cuando juzga con un criterio exclusivamente económico tiempos teocráticos.

§ 4. *Estética: de cómo lo bueno y lo bello son un mismo y único fenómeno psico-fisiológico.*—En lo mo-

ral, político y religioso, sólo á criterios míopes escapa el sedimento utilitario del ideal.

En lo estético es más fácil engafiarse, sobre todo contagiado por prejuicios escolásticos y románticos. Yo creo que el hombre produce la belleza, porque la belleza le produce placer. Sin embargo, se calumnia la belleza. «Lo bello, define Kant, es aquello *que gusta* sin que el interés se mezcle...» Pero si nos gusta, ¿no hay placer en ese gusto? Y si hay placer, no tenemos interés en que nos guste? Imaginémonos á Miguel Angel, al terminar su Moisés: ¿cuál placer mayor que el suyo al decirle: «*E parla dunque?*» Contemplemos tal ó cual obra de arte, aun las más trágicas..., y no quiero que nos preguntemos si ello nos produce ó no placer, porque nada más banal que tal pregunta. Entonces, la realización de la belleza produce un placer sumo al artista creador; y su admiración, un placer relativo al artista eunuco, es decir, á la inmensa mayoría de mortales infecundos. Hay gran verdad, entonces, en la definición de Stendhal, cuando nos dice que la belleza es *una promesa de felicidad*. Luego, para Stendhal, como observa Nietzsche (1), la belleza es, precisamente, *un incentivo de la voluntad* (el interés de una promesa de placer). En cambio, Schopenhauer habla así de la *condición estética*: «Es la ataraxia que Epicuro proclamaba en el soberano bien, de que él hace partícipes los dioses; en el momento en que dura esta condición estamos *delibrados de la odiosa obligación de querer*, celebramos el sabbat de la cárcel de la voluntad... (2).» En una palabra: la be-

(1) *La Genealogía de la moral*.—Edición española publicada en esta misma Biblioteca.

(2) *El Mundo como voluntad y como representación*.—Edición española publicada en esta misma Biblioteca.

lleza produce la deliciosa sensación de librarnos pasageramente del *tormento* de la voluntad... Por lo tanto, la belleza es útil para el placer, útil para la vida.

¿Cómo definirla? Precisamente, yo no hallo más definición de la belleza que ésta: toda representación (*Vorstellung*) que nos suscita una sensación de placer, diversa de la satisfacción inmediata *del hambre y del amor*. Se relaciona muy poco con el hambre, mucho con el amor, y mucho más con la aspiración hacia un eterno perfeccionamiento, el sentimiento humano por excelencia.

§ 5. *Sociología: aplicación del postulado-base de la sociología á la educación*.—Cada pueblo posee un espíritu que anima á sus instituciones; cada institución posee un espíritu que pugna, aunque con relativo éxito, de contagiar su medio ambiente social. Países similares por clima y raza, poseen espíritus semejantes, tanto que, para ciertos efectos, pueden estudiarse en grupos.—Del espíritu de una sociedad cualquiera, son factores y reflejos, por un doble fenómeno recíproco psico-sociológico, sus individuos. De ahí el simétrico postulado, que es una de las bases filosóficas de la instrucción pública, de que, *al mejorar el hombre, se mejora el pueblo, y al mejorar el pueblo se mejora al hombre*.

La sociedad no es una suma, sino un producto de sus hombres. Los hombres no son sumandos, sino factores. Porque la *acción colectiva resultante* del esfuerzo de todos y de cada uno, en razón de la división del trabajo y del contagio de las ideas, es una multiplicación indefinida del valor, positivo ó negativo, de las individualidades. Este es el postulado angular de la moderna sociología. Apliquémoslo á la educación.

Supongamos que la educación deja, en una *serie social* de individuos, unos residuos positivos que llamaremos $x_1, x_2, x_3, x_4, x_5, \dots$. El progreso social no será equivalente á $x_1 + x_2 + x_3 + x_4 + x_5 + \dots$ sino á $x_1 \times x_2 \times x_3 \times x_4 \times x_5 \times \dots$. Luego, si llamamos I al conjunto de los individuos, y siempre $x_1, x_2, x_3, x_4, x_5, \dots$ al sedimento que agrega á cada uno la educación recibida, llegamos á establecer que es *falsa* la ecuación siguiente:

$$I + x_1 + x_2 + x_3 + x_4 + x_5 + \dots = \frac{\text{Progreso social}}{I}$$

Pero es *exacta* esta otra:

$$I \times x_1 \times x_2 \times x_3 \times x_4 \times x_5 \times \dots = \frac{\text{Progreso social}}{I}$$

Por lo tanto, en educación, ó mejor dicho, en la *economía* de la educación, tiene ese axioma la aplicación siguiente: *al aumentarse el valor positivo de una profesión ó gremio, aumentanse indirectamente los valores de las demás profesiones ó gremios*. Si el resultado de una operación matemática es una simple suma, al elevarse el valor de un sumando se eleva la suma, pero *no* la de los demás sumandos, que siempre se consideran aisladamente, cada uno encastillado en sí mismo. En un producto al elevar el valor de un factor, se eleva el de cada factor adyacente; y todos pueden considerarse adyacentes, porque «el orden de los factores no altera el producto».

Llamemos H á un individuo ó gremio cualquiera, de humanistas, por ejemplo; y M otro gremio, verbigracia, de manufactureros. Ambos unidos dan, para la sociedad, un resultado de $H \times M$. Supóngase 100 el valor positivo de H y 5 el de M :

$$H \cdot M = 100 \times 5.$$

Si la instrucción pública eleva hasta 200 el valor

positivo de H , industriales y humanistas unidos *no* dan una suma de:

$$H \times M = 200 + 5 = 205 = \frac{\text{Progreso social}}{H \cdot M}$$

Dan un *producto* de:

$$H \cdot M = 200 \times 5 = 1000 = \frac{\text{Progreso social}}{H \cdot M}$$

Esta es la verdadera ecuación. Es decir, al valorizarse el individuo ó gremio H , se valoriza también el individuo ó gremio M ; y viceversa, porque cada cual no procede aislado á la manera de los sumandos, sino adjunta y *recíprocamente*, al modo de los multiplicandos. Entonces el valor de M no es 100 M , sino 200 M .

En consecuencia: al perfeccionar el estado parcialmente una rama cualquiera de la instrucción pública, perfecciona su total funcionamiento, ó sea, de una manera indirecta, *la perfecciona toda*.

§ 6. *Psicología: concepto psico-sociológico de la idea-fuerza*.—A pesar de que la noción de *idea* es íntima en todo hombre culto, mucho se ha discutido respecto á qué debe entenderse por «*idea*». Descartes llama «pensamiento» y Spinoza «*idea*» á todas las modalidades de la conciencia, que los alemanes sintetizan en una palabra, *Vorstellung* (compuesta de la preposición *vor*, delante, á la vista, y el sustantivo *stellung*, presentación, imagen gráfica y presentativa), que, en últimos términos, significa *representación*. Locke entiende por «*ideas*» todo lo que, dentro de nosotros mismos, es un objeto de percepción; la crítica le ha reprochado repetidas veces esos *objetos interiores* de la conciencia, que él llama «*ideas*». Hume, como los metafísicos alemanes, restringe las «*ideas*» á *representaciones* del espíritu (*Vorstellungen*).

Se ha llamado *ideas*, «formas mentales ó de conciencia (*εἶδος, species*); todos los estados mentales susceptibles de reflexión y, por reflexión, de reacción sobre sí mismos y sobre los demás estados de conciencia, en fin, en virtud de los vínculos de lo físico y lo mental, sobre los órganos del *movimiento* (1)».

Yo pienso que se puede ir más lejos. Creo más: que conviene ir más lejos. Y ese más allá consiste en aplicar á la psicología y á la metafísica las últimas investigaciones de la ciencia sobre la herencia psíquica, la sub é hiperconciencia de ciertos estados nerviosos, y, en general, de la psico-fisiología. Esas experiencias inducen á pensar que Locke no estaba tan equivocado cuando consideraba á las ideas como «objetos internos» de la conciencia. Pues la ciencia contemporánea demuestra que existen en nosotros mismos «objetos internos» que casi escapan, y aun escapan, al estado normal de la conciencia, y que, sin embargo, en un momento dado, al contacto de causas externas ó en ciertos momentos mórbidos, pasan de la sombra de la inconciencia absoluta á la penumbra de una conciencia relativa (sub, super ó hiperconciencia), y de ahí, á la absoluta conciencia, á la conciencia de los escolásticos, á la de Kant, que por ello, ha podido bien llamársele «el último de los escolásticos». En este sentido Wundt, que puede considerarse como la más alta concreción de la psico-fisiología contemporánea, atribuye, en su teoría, un papel secundario á la conciencia (2).

(1) A. Fouillée: *L'Évolutionisme des idées-forces*, p. I, F. Alcan; París, 1890.—Véase su doctrina sobre las Ideas-fuerzas.

(2) Véase *Elements de psychologie physiologique*; París, F. Alcan, 1886.

El primer paso de esta evolución doctrinaria del concepto del alma, lo ha dado la moderna psicología al arrancarle las barreras con que los cartesianos separaban sus tres facultades, sensibilidad, inteligencia y voluntad. El segundo y último paso lo ha venido á franquear, coadyuvada por las luminosas experiencias de los neurópatas franceses, la psico-fisiología alemana, demostrando que, de la conciencia á la inconciencia no existe un salto brusco y capital, sino una serie de graduaciones y matices que constituyen fundamentalmente el alma animal y el alma humana.

Aceptada la indubitable existencia de esas *entidades psíquicas* que determinan nuestras acciones y participan, amalgamándolo todo, de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad, de la conciencia y de la inconciencia, ¿qué denominación *única* les convendría en las especulaciones del pensamiento moderno? El empírico las llama, según los casos, ideas, sentimientos, disposiciones, presentimientos, predisposiciones, etc. Wundt llama *Vorstellung* (idea metafísica-mente representativa) á la *imagen* que un *objeto* engendra en nuestra conciencia. La característica, pues, según él, de la *idea*, es una entidad *consciente* que se forma en nuestra psiquis. Luego, divide las *Vorstellungen* en *Wahrnehmungen* (palabra compuesta de *verdad* y *percepción*) y *Ansschauungen* (visión interior, *interna, visio, intuición, insight*, para los psicólogos ingleses).

Participo, contra la opinión de los psicólogos empíricos, y especialmente Fouillée, de la doctrina de Wundt sobre la *eficacia* de la inconciencia ó subconciencia en el génesis caótico de nuestros conceptos. Simplemente, porque se basa en experiencias fisiológicas irrefutables *a priori*.

Pienso que la palabra *idea*, por genérica y positiva, es la *mejor expresión*, en todos los idiomas, de esas *fuerzas internas*, conscientes y *subconscientes*, que, en efecto, cuando se quieren presentar al raciocinio se condensan en verdaderas *Vorstellungen* (representaciones, ideas representativas). Pero entre esas *fuerzas internas* hay unas más ó menos poderosas, según su *intensidad*, intensidad evidente, aunque ningún dinamómetro ha podido aún medirla. Sólo la autopsia puede dar un indicio, á veces elocuente, de la intensidad mórbida de algunas de esas *fuerzas internas* en la psicosis de ciertos monomaniacos. Basado en esos fenómenos y en cierta parte indiscutible de la doctrina del evolucionismo, es como Fouillée ha podido llamar á las ideas que triunfan en las almas por su intensidad, *ideas-fuerzas*. Y para mayor exactitud, englobo yo en esa expresión luminosa *toda modalidad ó estado psíquico, consciente ó inconsciente, que tienda, por su intensidad á combatir y destruir otras modalidades ó estados psíquicos diversos ó antagónicos, y á traducirse, terminada la interna lucha, en la acción.*

En los individuos, la existencia de esas ideas-fuerzas, ó sentimientos-fuerzas, ó estados-fuerzas, ha sido ya evidenciada por la moderna psicología. Pero, la sociología *ha demostrado* que existen también en la sociedad esos mismos estados-fuerzas que determinan su criterio y su conducta. Basta, para convencerse, la observación de ciertos rasgos elementales en los movimientos morales y políticos de toda sociedad. Porque, como hemos visto, una sociedad es *algo más* que un simple conjunto de individuos: es un ente real y *orgánico*, que nace, se desarrolla, envejece y muere como los organismos individuales; que posee un alma y un carácter.

§ 7. *Ideas liminares : lo aparente y lo real.*—Cada forma es el símbolo de un espíritu: cada espíritu es el conjunto de la naturaleza íntima de una cosa : su índole, sus causas, sus fines, su manera de ser, su quid oculto como el secreto de una esfinge. Las formas son relativamente simples; y como el espíritu de las cosas humanas es tanto ó más complejo que el hombre mismo, esas formas suelen ser engañosas. Un ignorante, al contemplar la superficie del Océano, no supone la existencia de relieves de cordilleras y continentes sumergidos bajo sus aguas. Así, sólo la sonda del sociólogo puede desentrañar de las instituciones, en un trabajo casi apriorístico de erudición y de «ojo clínico», los accidentes de su espíritu. Esos accidentes pueden condenarse en una ó varias ideas-madres : indaguemos esas ideas-madres si queremos llegar al corazón de las cosas.

Metafísicamente, representárase el *espíritu* de cada entidad social—hombre, institución, pueblo—por una esfera que gira alrededor de un eje : su idea-fuerza matriz, que llamo idea-madre. Tal eje adopta, en cada época histórica, *una posición determinada*. Fijémosla, cuando deseemos investigar los movimientos, en apariencia caprichosos, de rotación y traslación de las esferas.

La descripción de lo aparente, da tan fácil cuan imperfecta y aun equivocada idea de fenómenos y cosas. La *observación interna* es el único sistema de aprehensión absoluta : el único eficaz en las investigaciones *conscientes* acerca de los hechos humanos. Cierto es que tal modo de raciocinio puede inducirme, más que otro cualquiera, á grandes errores; pero mejor que ninguno podrá facilitarme la exposición de verdades inmutables. Las exactas descripciones de organización

y estadística, revelan apenas las formas de sistemas é instituciones; y esas formas, lejos de ser su verdadero espíritu, son un síntoma de algunas de sus faces, y á veces de cualquier faz pueril y secundaria, en disonancia con otras trascendentes. Porque hay formas primeras y segundas y terceras y más y más complejas y más y más veladas.

§ 8. *Ideas liminares: influencia del espíritu de la época en la naturaleza de las cosas.*—Hombres, pueblos y edades, al desaparecer y transformarse en la vorágine de su evolución, dejan para los estudios del futuro, y como su más interesante residuo, ciertos rastros de su espíritu, estelas de luz y de sangre. Todos podemos escudriñar con mirada torpe las etapas de la odisea de las razas. Todos sabemos que el espíritu de la India fué místico-contemplativo; el de Egipto, místico-aristocrático; el de Persia, esclavócrata; comercial, el de Fenicia y Cartago; ático, el de Grecia; político el de Roma; el de las naciones medioevales, caballeresco... y todos sabemos también que fué poético el espíritu de los tiempos que mediaron entre Orfeo y Pitágoras; filosófico, entre Pitágoras y Alejandro; oratorio, entre Alejandro y Augusto; jurídico, entre Augusto y Constantino; escolástico, entre Constantino y León X; político-filosófico, entre León X y la Revolución francesa. El del presente, según todos sus rasgos capitales, es científico-económico.

Científico-económica es, pues, la idea-madre capital de los tiempos contemporáneos. Yo la especificaría en esta triple fórmula: *el desideratum de las aspiraciones individuales y colectivas es el progreso; hoy por hoy, la mejor expresión del progreso es el incremento de la riqueza; para intensificar en lo posible dicho*

incremento, *el mejor medio es la constante aplicación de las ciencias físicas y morales á todas las actividades humanas.*

No fueron obstáculo las murallas chinas del aislamiento de las naciones antiguas, á la difusión en todas ellas del espíritu único de la antigüedad. En modernos tiempos, la fraternidad del Cristianismo y lo fácil de las comunicaciones, hacen también pesar sobre el espíritu de cada pueblo, el de la época. Empero, los factores climatéricos y etnográficos, y especialmente los fenómenos psico-sociológicos de la herencia, las sugerencias del medio y los procesos de homogenización de las sociedades, son parte á mantener, en cierto modo, á cada país encastillado en su psicología colectiva, es decir, en la *perpetuación de su espíritu nacional*. Ved ahí, pues, el fenómeno más contradictoriamente oscuro que se presenta ante la crítica histórica: la influencia de los pueblos sobre los tiempos y de los tiempos sobre los pueblos...

§ 9. *Clasificación sintética de las sociedades europeas.*—Dos grupos de pueblos han sido los obreros principales de la civilización moderna: de un lado los pueblos *latinos ó latinizados*, italianos, franceses, españoles, portugueses é hispano-americanos; del otro los pueblos *sajones y germanos*, belgas, holandeses, alemanes, daneses, escoceses, irlandeses, suecos, noruegos y anglo-americanos. Cada uno de estos grupos ha sido bautizado con un nombre genérico: llámase «pueblos latinos» á los primeros y «pueblos sajones» á los segundos, extendiéndose así dos denominaciones que abarcaron, cada una en su origen, un pequeño territorio y un pequeño grupo de hombres. El nombre del Latium trascendió de las campiñas al Sud del Tíber,

á Roma, á Italia, á todo el imperio; el de sajones, de un territorio hoy llamado Hannover, que se extiende entre el Weser y el Elba, á una tribu bárbara; de ésta, al grupo de todos los pueblos bárbaros del Norte que han tenido una común ascendencia ariana.

Mucho se pretende decir con la palabra «raza», la más elástica en todas las lenguas; su empleo, para sintetizar esas dos familias de pueblos, repugna á la etnografía, pero presenta ciertas conveniencias al geógrafo y al sociólogo. No hay «razas» puras, como todos sabemos; mas por cierto proceso de *homogenización* que se opera en todas las sociedades perfectas, puede afirmarse sin escrúpulo que existe un cierto tipo vago de civilización latina, y otro de sajona, reuniendo en cada uno las notas comunes y salientes de su grupo respectivo de naciones. La etimología de las lenguas, ayuda esta diferencia; el clima colabora también, siendo más frío en el grupo de los países del Norte; y la historia nos enseña que, á pesar del fenómeno universal de las mezclas, en ciertas regiones más profundamente romanas, como son Italia, Hispania y Galia, los invasores bárbaros no dieron más que jefes á la población primitiva, mientras que en otras partes—Inglaterra, Alemania, Países-Bajos—expulsaron, destruyeron y reemplazaron los antiguos habitantes. A estos varios elementos congruentes de origen, historia, etnografía, clima y etimología, debe agregarse otro acaso de mayor importancia: el estudio sociológico de los caracteres nacionales, de la psicología colectiva, de las *almas* de cada uno de esos países. De su observación resulta que cada uno de ambos grupos, y sus pueblos descendientes, está compuesto de una serie de nacionalidades que pueden conceptuarse hermanas, pues presentan fraternales seme-

janzas. Por ser cada sistema educatorio una síntesis la más completa y un factor el más poderoso de esas «almas nacionales», corresponde tener en cuenta la anterior clasificación bipartita. Sobre todo si se recuerda que en los tiempos actuales, á pesar de la universalidad de la revolución en la educación, especialmente en la instrucción pública, en ciertos países de los llamados «latinos» se proclama, acaso sin el suficiente discernimiento, la imitación incondicional de algo que pomposamente se denomina, ya el «sistema germano», ya el «sistema anglo-sajón», y aun el «sistema nuevo».

Enseña Taine que en arte Italia ha sobrepasado y compendiado á todos los pueblos «latinos» y los Países-Bajos (debe referirse ahí tan sólo al arte pictórico) á todo el grupo de los «sajones».—En educación, debo decir, Italia, España y Francia, tuvieron por orden, su época de auge sobresaliente entre todas las naciones europeas; Francia es aún, como siempre fué, maestra incomparable en el arte estético del discurso; pero Inglaterra (incluyendo á Norte-América, que sigue su sistema) enseña hoy al mundo á resolver el difícil y trascendente problema de *educar el carácter del hombre y del ciudadano*, y Alemania, el no menos trascendente ni difícil de *difundir la ciencia* en todas las esferas sociales. Pueden presentarse estas últimas naciones como dos grandes modelos, cada uno superior en su género: uno *educa* mejor que todos, otro *instruye*.

§ 10. *Método psico-sociológico de este tratado.*—Si un método puramente filosófico, lógico ó psicológico, que construyese imaginativa cuando no simétricamente los sistemas, sería sólo teórico y acaso utópico;

el de mera descripción es deficiente aun para la descripción misma. Pues ella limitase á las formas primeras de fenómenos y cosas, sin ahondar otras más complicadas y esenciales, para las cuales no bastan el tacto y la auscultación, sino que son necesarios el sondaje, el escalpelo y la autopsia.

Emplearé, pues, en el curso de este tratado, el método que llamo *psico-sociológico*, cuya característica es ser, al propio tiempo, positivo y eclético: positivo, por cuanto antepone el estudio descriptivo, no superficial sino psicológico y sociológico, á las construcciones ideales de doctrina; eclético, cuanto que no desdén esas construcciones, sino que las extrae de la realidad misma, estudiando los hechos apriorísticamente en forma deductiva, inductiva, analítica, histórica, comparativa, crítica y demás, sin reducirse á ningún modo preestablecido, sino adoptando y adaptándolos todos, conjunta ó separadamente según se presente el caso y convenga á su mejor disección.

§ 11. *Plan general de la obra.*—Surge de la manera de investigación científica que adopto la siguiente división tripartita de esta obra.

LIBRO I. *El espíritu de la educación á través del tiempo.*—En el concepto de que cada sistema educativo obedece á dos espíritus cofactores, el de la época y el de su medio-ambiente, ó sean tiempo y espacio, es lógico estudiar por su orden una y otra base. Principiando por la primera, profeso, como se verá, el postulado de la moderna crítica alemana, de que cada edad palanquea sus instituciones por una idea-fuerza capital, que le es propia y la caracteriza á través de la historia. Busco esa idea-fuerza en la edad antigua, en la media y en la moderna. No hago una historia de

la pedagogía, porque ella lo sería de la humanidad, sino sólo una síntesis de esos colosales motores psicológicos que han movido á la educación á través del tiempo. Y llego así á la edad contemporánea, que conceptúo y demuestro de universal revolución educativa, para dilucidar, con los elementos de crítica adquiridos, la idea-fuerza de esa revolución.

LIBRO II. *Clasificación y descripción de los sistemas educativos contemporáneos.*—Terrible empresa es para un tratadista esta materia. Obra es de titanes la sola lectura de los documentos y la clasificación de los sistemas. Destruir los prejuicios sobre ellos propalados, y describir en breves términos, obviando detalles inútiles, su espíritu, es el objeto de esta sección de mi obra. Para conseguirlo he dividido la materia bajo los siguientes principales puntos de mira: educación del carácter, educación doméstica, clasicismo, sectarismo, planes de estudios (sistemas primarios y secundarios), universidades, profesión del magisterio, instrucción de la mujer, graduación de cursos, excursiones de instrucción y educación de los degenerados. Para cada uno de esos tópicos, tratados en capítulos aparte, clasifico y describo los mejores modelos que me haya sido dado verificar. La información es siempre de primera mano, y, por tanto, exacta, á diferencia de la casi totalidad de los tratados generales que con mayor frecuencia se consultan sobre estos tópicos.

LIBRO III. *Deducciones de teoría general sobre la educación.*—He ahí la sección de pura doctrina. El deseo de dar á los términos que empleo en todo el curso de la obra una acepción científica precisa, en vista de que su frecuente empleo en el lenguaje corriente les da significaciones vagas, podría haber justificado el poner esta parte al frente de esta obra, como teoría

general prolegómena, ó acaso á modo de enunciación genérica, así como los matemáticos plantean el teorema antes de demostrarlo. Pero considerando, por una parte, que si la acepción pedagógica de ciertos vocablos escapa al vulgo, no así á espíritus preparados para este estudio, y por otra, que el verdadero proceso de gestación á que ha obedecido la doctrina del libro III, es resultado del estudio descriptivo de los libros I y II, he resuelto dar á este libro III el lugar que le corresponde según el método aplicado. Por último, este libro final trata: *a)* de definir con precisión los términos fundamentales de la educación; *b)* de la unidad y utilidad de su estudio; *c)* de desenvolver una teoría científica de la libertad de estudios; *d)* de fundar el concepto de la educación sobre tres entidades-bases constituyentes: individuo, sociedad y progreso; *e)* de deducir del axioma general de que «la educación debe coadyuvar y no forzar á la naturaleza», sus leyes capitales.

Tales son el método y el plan de esta obra, cuyos libros forman, por su encadenamiento doctrinario, un todo que podría representar, según la vieja figura escolástica, por tres círculos concéntricos.

LIBRO I

Espíritu de la educación á través del tiempo.

CAPITULO PRIMERO

ESPÍRITU DE LA EDUCACIÓN EN LA ANTIGÜEDAD

SUMARIO: § 12. Distinción de cuatro edades sucesivas en el espíritu de la educación.—§ 13. Objeto del libro I.—§ 14. Edad antigua: espíritu de la educación en Atenas.—§ 15. Espíritu de la educación en Esparta.—§ 16. Espíritu de la educación en Roma.—§ 17. Fenómeno fundamental en el espíritu de la educación antigua.—§ 18. Las tres condiciones típicas del espíritu de la educación antigua.

§ 12. *Distinción de cuatro edades sucesivas en el espíritu de la educación.*—Así como cada hombre y cada pueblo, cada edad posee un alma: el alma del momento histórico en sus más florecientes países. El lenguaje, la literatura, el arte, son sus cristalizaciones. Analizad esos cristales—libros, cuadros, estatuas, sistemas, teorías—, y en sus facetas, ora de sangre, como las del rubí, ora de esperanza, como las de la esmeralda, ora de luz, como las del diamante, halla-